



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad. Reservados todos los derechos. Queda hecho el depósito exigido por la ley.

Published May 24<sup>th</sup> 1908.  
Privilege of copyright in the United States reserved by the heirs of the Author, under the Act approved March 3, 1905.

PA 8179  
SS  
A17  
1908

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.**

IMPRESA DE PEDRO ORTEGA. — BARCELONA

*Historico Tomatura de Am 1912*

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Quando D. Hernando Martínez, colector de los escritos en verso y prosa de José Asunción Silva me escribió pidiéndome para ellos un prólogo, le contesté, no sólo aceptándolo sino dándole las gracias por el encargo. Me parecía poder decir muchas cosas sobre el dulce poeta bogotano. Y me parecía poder decir las porque en las lontananzas de mi memoria, entre rumor de hojas secas, susurraban retazos de sus cantos. Su letra se me había volado, pero me quedaba su música íntima, su música silenciosa, música de alas.

Mas ahora, con la blancura del papel delante, encuentro tan en blanco como él mi espíritu y apenas sé por donde empezar. ¡Cómo reducir á ideas una poesía pura, en que las palabras se adelgazan y ahílan y esfuman hasta convertirse en nube que la brisa del sentimiento arremolina y hace rodar bajo el sol, que en su colmo la blanquea y en su puesta la dora? Porque aquí hay versos blancos de mediodía y rojos de atardecer; más rojos que blancos.

Comentar á Silva es algo así como ir diciendo á un auditorio de las sinfonías de Beethoven lo que va pasando según las notas resbalan á sus oídos. Cada cual vierte en ellas sus propios pensamientos, que-  
reres y sentires.

Lo primero, ¿qué dice Silva? Silva no puede decirse que diga cosa alguna; Silva canta. Y ¿qué canta? He aquí una pregunta á la que no es fácil contestar desde luego. Silva canta como canta un pájaro, pero un pájaro triste, que siente el advenimiento de la muerte á la hora en que se acuesta el sol.

El verso es vaso santo; poned en él tan sólo un pensamiento puro.

Y puros, purísimos son por lo común los pensamientos que Silva puso en sus versos. Tan puros que como tales pensamientos no pocas veces se diluyen en

la música interior, en el ritmo. Son un mero soporte de sentimientos.

Y cuando estos pensamientos se acusan, cuando resalta de relieve el elemento conceptual de Silva, es cuando Silva me gusta menos. Su melancolía, su desesperación no son melancolía y desesperación reflexivas como eran las de Antero de Quental, que como Silva, se abrió por su mano la puerta de las tinieblas soterrañas. El portugués pensó su huida; el colombiano la sintió.

Y gusto de Silva además porque fué el primero en llevar á la poesía hispano-americana y con ella á la española, ciertos tonos y ciertos aires, que después se han puesto en moda degradándose.

«Todos los hegelianos han sido tontos menos Hegel suele decir un amigo mío, y aun cuando no esté del todo conforme con el aforismo reconozco su gran fondo de verdad.

No sé bien que es eso de los modernistas y el modernismo, pues llaman así á cosas tan diversas y hasta opuestas entre sí, que no hay modo de reducirlas á una común categoría. No sé lo que es el modernismo literario, pero en muchos de los llamados modernistas, en los más de ellos, encuentro cosas que encontré antes en Silva. Sólo que en Silva me deleitan y en ellos me hastían y enfadan.

Y es que uno dice una cosa y con ella ilumina ó calienta á sus hermanos, la repite otro y les deja á oscuras y fríos. La idea es la misma; se le apagaron fuego y luz al pasar de uno á otro y de brasa ardiente y luciente que era se quedó en carbón frío y oscuro.

Y no es que la originalidad de Silva esté ni en sus pensamientos ni en el modo de expresarlos; no está ni en su fondo ni en su forma. ¿Dónde entonces?, se me preguntará. En algo más sutil y á la vez más íntimo que una y otro, en algo que los une y acorda, en una cierta armonía que informa el fondo y ahonda la forma, en el tono, ó si queréis, en el ritmo interior.

En el ritmo interior, digo, y no en el ritmo meramente acústico de sus versos; no en el sonsonete más ó menos brizador en que cifran su afán tantos versificadores que aspiran á poetas. La música de Silva es música de alas, casi silenciosa, ó sin casi.

Y ello cuando Silva dejó que su mano corriera sobre el papel al empuje del sentimiento, no cuando la refrenó y puesta la vista en la técnica—y en una técnica extraña y pegadiza—urdió versos como aquellos alejandrinos pareados de *Un poema*.

\* \* \*

¿Y este hombre, será olvidado? Me lo hace temer su delicadeza misma, su delicadeza interior. Porque también está olvidado el poeta español que más me le recuerda, el dulcísimo y delicadísimo Vicente Wenceslao Querol. Leed las «Rimas» de Querol y decidme luego si las *Vejezes* de Silva no es un poema queroliano. Y á Querol le han ahogado trompeterías de clarines y guitarros de serenata morisca, amén de virtuosismos de bandolina de café-concierto.

Y este Silva, como aquel Querol, como todo poeta de raíz, tenía su infancia á flor de alma. Porque un poeta ¿qué es sino un hombre que ve el mundo con corazón de niño y cuya mirada infantil, á fuerza de pureza, penetra á las entrañas de las cosas pasaderas y de las permanentes? Leed la poesía de Silva *Infancia*, leed la carta de Querol á sus hermanas, ó aquella maravilla de sentimiento que llama *Ausente*.

Y era acaso esta santa permanencia de la infancia en su alma lo que le hacía añorar á Silva el reposo eterno de allende la tumba. Cuanto más largos son hacia atrás nuestros recuerdos y más dulces; más largas y más dulces son hacia adelante nuestras esperanzas. Es la brisa que nos viene de más atrás de nuestro primer vagido, de más allá, hacia el ayer, de nuestro nacimiento, la que nos trae recuerdos que convertidos en esperanzas al pasar sobre nuestro corazón van, con la brisa misma, brisa de eternidad y de misterio, más adelante de nuestro último suspiro, más allá, hacia el mañana de nuestra muerte. El amor á la infancia y el amor á la muerte se abrazaron en Silva, y ¿quién lo sabe?—sólo Dios—tal vez se cortó la vida por no poder seguir siendo niño en ella. Y

al dejar la prisión que las encierra,  
qué encontrarán las almas?

Preguntemos más bien, ¿qué dejarán las almas?  
La de Silva nos dejó estos cantos.  
¿Y qué encontró allá?

¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las  
[almas!  
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!  
[mas!...

Este hombre cantó lo que ya no era ó lo que aún no era, el pasado ó el porvenir y en las cosas viejas, tristes, desteñidas, sin voz y sin color, que saben secretos de las épocas muertas, de las vidas que ya nadie conserva en la memoria, buscó acaso el secreto del mañana que fué á buscar con anhelo al dejar, con vo-

luntaria resolución, esta morada de paso y de aflicciones. Y se hundió en la naturaleza.

Cuna y sepulcro eterno de las cosas.

¿Lo véis? ¿Véis como une una vez más la cuna con el sepulcro? ¿Véis como lleva su infancia como ofrenda á la muerte?

¿Encontró la llave del misterio? ¿Leyó el sino en el fondo de las pupilas inmóviles de la eterna Esfinge?

¡Estrellas, luces pensativas!  
¡estrellas, pupilas inciertas!  
¿por qué os calláis si estáis vivas,  
y por qué alumbráis si estáis muertas?

\* \* \*

Murió José Asunción Silva en Bogotá, su pueblo natal, despojándose por libre albedrío de la vida, el 24 de mayo de 1896, á los treinta y cinco años, cinco meses y veintisiete días de edad.

Días antes, pretextando consultarse sobre una enfermedad, hizo que el médico le dibujara en la ropa interior el corazón, por el que vivía y por el que iba á morir. Metió en él una bala. La noche antes leyó, como de costumbre, en la cama. Dejó el libro abierto, como para continuar la lectura. Era una mañana de domingo; su familia en tanto asistía á los oficios religiosos del culto católico, á rogar por los vivos y los muertos.

Dos ó tres años antes había muerto su hermana Elvira llevando á la tumba aromas de la común infancia y dejándole soledades. No pudo José Asunción conformarse con el hado. El *Nocturno*.—¿qué historia habrá dentro de él?—fué su adiós á la vida. Iba allá donde acaso las sombras de las almas se juntan en uno y hacen una sola sombra larga, muy larga, infinita, eterna, divina, una sombra tal vez radiante de luz.

¿Qué hizo en su vida? Sufrir, soñar, cantar. ¿Os parece poco? Sufrir, soñar, cantar y meditar el misterio.

Porque el misterio da vida á los mejores de sus cantos, y persiguiendo el misterio se cansó del camino de la tierra. Persiguiendo el misterio y tratando de encerrar en sus estrofas las pálidas cosas que sonríen, de aprisionar en el verso los fantasmas grises según iban pasando, como nos lo dice él mismo.

Fué una vida de soñador y de poeta, y de Silva

cabe decir que es el poeta puro, sin mezcla ni aleación de otra cosa alguna. Y el mundo le rompió con el sueño la vida.

Murió de muerte; murió de tristeza, de ansiedad, de anhelo, de desencanto; murió tal vez para conocer cuanto antes el secreto de la muerte y de la vida.

Se lo preguntó muchas veces, carrodillado y trémulo á la Tierra, aguardando en las soledades de ella la respuesta y

la tierra, casi siempre displicente y callada al gran poeta lírico no le contestó nada.

Y como nada le contestase la Tierra, bajó, en busca de contestación, á su seno, cuna y sepulcro de cuanto vive, adonde duerme «lo que fué y ya no existe», á dormir á sus anchas, — ¡sabedor acaso ya del enigma? —

en una angosta sepultura fría,  
lejos del mundo y de la vida loca,  
en un negro ataúd de cuatro planchas  
con un montón de tierra entre la boca.

Y murió también de hambre. De hambre, sí; de hambre de saber sabiduría sustancial y eterna. Murió del mal del siglo, de un desaliento de la vida que en lo íntimo de él arraigó, del «mismo mal de Werther, de Rolla, de Manfredo y de Leopardi»,

un cansancio de todo, un absoluto  
desprecio por lo humano... un incansante  
renegar de lo vil de la existencia  
digno de mi maestro Schopenhauer,  
un malestar profundo que se aumenta  
con todas las torturas del análisis.

Y para este terrible mal le recetaron los doctores madrugar, dormir largo, beber bien, comer bien, cuidarse, diciéndole que lo que tenía era hambre (v. *El mal del siglo*). Y hambre era en verdad, hambre de eternidad.

\* \* \*

Tal es la nota profunda de los cantos de Silva, el que se despojó por propia mano de la carga del vivir. Todas las demás son á modo de acordes ó armónicas

de ella. Y entre éstas la nota erótica, ó, más bien amorosa, en cuanto se trate de amor á mujer.

Silva no es un poeta erótico, como no lo es, en rigor, ninguno de los más grandes poetas. Y estos grandes poetas, que no han hecho del amor á mujer ni el único ni siquiera el central sentimiento de la vida, son los que con más fuerza y originalidad y más intensidad de sentimiento han cantado el amor ese.

Se ha dicho que para aquellos que aman poco — á mujer se entiende — ese amor les llena casi toda la vida, mientras que en aquellos que aman mucho el amor es una cosa subordinada y secundaria. Y no es paradoja, sino cuestión de capacidad espiritual. Este puede amar triple que aquél y sin embargo, no ocuparle el amor sino un tercio y en el otro dos tercios.

El amor en Silva, como en Werther, como en Manfred, como en Leopardi, era un modo de dar pábulo á otros sentimientos; en el amor buscó — estoy de ello seguro — la respuesta de la Esfinge. Silva, en sus versos al menos, no se nos aparece un sensual, mucho menos un carnal. Es en ellos casto, castísimo.

No hay rastro en él de esa peste de la carnalidad que no sólo mancha, sino arramplona y vulgariza las poesías de tantos de los que le han seguido.

Junto al eterno misterio ¿qué es una noche de placer? A lo sumo un modo de acallar el susurro de él y Silva no trató de acallarlo sino al despojarse de la vida.

Los jóvenes cuando salen de la infancia y antes de entrar en la virilidad, en esa edad indecisa y ambigua en que se dejó ya de ser niño y aun no se es hombre, se imaginan que los ojos de la novia son las estrellas mellizas en torno de las cuales gira sumiso el universo todo. Y llegan á creerse que todo arte y toda poesía se encienden no más que en la luz de esos ojos. Y, sin embargo, no es la hermosura de Elena sino la ira de Aquiles el centro de la «Iliada», ni es, en rigor, Beatriz más que un pretexto para la «Divina Comedia», ni es el amor el quicio cardinal único de las tragedias de Shakespeare, ni Dulcinea es más que un fantasma en el «Quijote», ni Margarita otra cosa que un episodio en el «Fausto.»

Cuando en la literatura de un pueblo se da en cantar ante todo y sobre todo á la mujer por sí misma, es que ese pueblo está enervándose y rebajándose, hasta en el amor.

Y Silva parece como si no pasara por esa edad indecisa y ambigua en que sin serse ya niño no se es tampoco aun hombre, sino que su infancia, de la que tan dulces recuerdos cantan en sus cantos, se

prolongó en su edad madura. ¿Madura? Cortó la madurez al sentir acaso que le ahogaba el verdor, al sentir como Leopardi que estamos despojando del verde á toda cosa.

Fué, en rigor, la tortura metafísica la que mató á Silva.

Silva de una manera balbuciente y primitiva, con un cierto candor y sencillez infantiles, es un poeta metafísico, aunque haya estetas impenitentes que se horroricen de verme ayuntar esos dos términos. Silva me parece un niño grande que se asoma al brocal del eterno misterio, da en él una voz y se sobrecoje de sagrado terror religioso al recibir el eco de ella prolongado al infinito y perdiéndose en lontananzas ultracósmicas, en el silencio de las últimas estrellas.

\* \* \*

Y este hombre ¿dónde se hizo? En Bogotá, en el fondo de Colombia, lejos del tumulto de las grandes avenidas de los pueblos, en un remanso, que aunque no sin sus tempestades interiores, se mantiene aparte de nuestras tormentas de más estrépito que sustancia.

Esa remota Colombia, á la que conocemos sobre todo por la *María* de Jorge Isaacs, es para muchos de los que volvemos ojos inquisitivos á la América española un país de encanto. No ha mucho volvía yo á visitarlo en una novela de Tomás Carrasquilla y me parecía volver á la España campesina de hace unos siglos.

Bogotá — me lo han dicho los que la conocen — da la impresión de una ciudad antigua española, con su reposo cantado por el campaneo de los conventos. Para llegar á ella desde cualquier punto de la costa se necesita varios días, parte de navegación fluvial, parte de jornadas en diligencia ó caballería. Y para ir de unas á otras capitales largos viajes también, por escasear los medios rápidos de traslado.

Una población escasa, diseminada en un vasto territorio adonde no llegan las oleadas de emigrantes que inundan otras tierras americanas, una población que ha conservado tal vez más que ninguna otra de la América española las tradiciones y sentimientos de la apacible colonia. Su lengua, el castellano que se habla y escribe en Colombia, es el que más lejos de casticismo tiene para nosotros; conserva ciertas voces y giros arcaicos que aquí van desapareciendo. Al leer novelas y relatos, sobre todo de la región antioqueña, en el corazón de los Andes, de Carrasquilla,

de Latorre, de Rendón, me ha parecido verme transportado á rincones de una España que se fué ó está yéndose.

En estas tierras, tan favorables para el arte y la poesía, las novedades europeas llegan, pero llegan despacio y llegan, acaso, tamizadas. De nosotros conocen las obras, no los hombres, es decir, lo mejor. Cuando va á dar á sus manos el último número de la última revista ó el libro reciente ya no huele á tinta fresca de imprimir.

Su vida social y política interior transcurre con una cierta relativa independencia de los movimientos que á la vez que agitan encadenan las historias de nuestros respectivos pueblos y es una vida que tiene, por lo tanto, su sello propio. Un sello que á los españoles nos resulta conocido. Cuando leí los recuerdos de la última guerra civil de allá, de Max Grillo, resurgían á mi mente los recuerdos de nuestra última guerra civil carlista. No puede darse dos cosas más parecidas. Y allí parece presentarse el que llamamos problema religioso con los mismos caracteres con que aquí se presenta, y lo mismo que aquí creo que allí se presenta el fenómeno del paso de aquella sociedad recogida y patriarcal, pero timorata y tal vez gazmoña é hipócrita, á otra sociedad más batida y aereada á soplos de las hojas todas de la rosa de los vientos del espíritu.

Me imagino, creo que bien, lo que fuera una familia y la vida familiar en el seno de aquella sociedad en los tiempos en que Silva abría su alma al mundo, que son casi los mismos, con diferencia de sólo cuatro años, en que yo abrí la mía en un ambiente que estimo no muy distinto del suyo. Y me imagino los vagabundeos del espíritu del poeta en la quietud tranquila de la vida bogotana, en los días iguales.

Digo en los días iguales porque á los que hemos nacido y vivido en estas latitudes, de largos días de verano y largas noches de invierno, de este acortarse y alargarse las jornadas del sol, cambio que pone una cierta novedad, siempre vieja, en el curso de nuestra vida, cambio que distribuye nuestro régimen, á nosotros nos es difícil representarnos lo que esa isócrona repartición del día y de la noche, lo que ese ritmo acompasado y siempre igual de la luz y las tinieblas — como balance de un péndulo — ha de influir en el ánimo. Un poeta colombiano no puede decir como un poeta escocés que el crepúsculo de la puesta se abrazaba con el del alba en la breve ausencia del sol. La noche de San Juan ni la de Navidad pueden tener allí el sentido que aquí tienen, porque la naturaleza no

sirve á la tradición que llevaron los colonos, aunque la tradición perdure.

Pero esta monotonía, este ritmo pendular de los días y las noches, trae consigo una eterna primavera, una apacibilidad constante. ¿No se brizan y aduermen en ella las eternas inquietudes? ¿Y cuando se despiertan, no lo hacen acaso con cierto sobresalto, en la apacible y monótona procesión de los días y los meses?

Nos es difícil, repito, á los que hemos nacido, nos hemos criado y vivimos en zonas de invierno de largas noches y nieves, de verano de largos días y bochornos, que esperamos en cada estación la venidera y según sus vicisitudes arreglamos nuestras ocupaciones, nos es difícil imaginarnos la impresión que esa constancia de la naturaleza ha de imprimir en el espíritu.

Algo de esta impresión puede rastrearse, creo, en el ritmo pendular de los versos de Silva, en la marcha sosegada de sus estrofas, por dentro de las cuales circula la tristeza monótona del eterno sucederse de los días iguales de una inalterable primavera. Hay acaso, á la larga, nada más triste que la eterna é imperturbable sonrisa de la tierra? ¿hay nada más enigmático, nada más esfingico?

\* \* \*

Después de todas estas reflexiones que he ido dejando caer de mi espíritu lleno de las dulces resonancias de los cantos de Silva y ungido con la unción de su poesía, pensé en un principio hablar de cosas técnicas, de la factura del verso, de su música para el oído carnal, de otras cosas análogas. Pero ahora me doy cuenta de que no es de este lugar.

Eso sólo importa á los profesionales y no es á éstos á quienes ahora me dirijo. Ni quiero degradar la memoria de Silva tratándole como á un virtuoso de la literatura en verso. Todas las disputas de escuelas, de conventículos y de cotarros pasarán, pasarán los que creyeron conquistar un puesto en el Parnaso por haberse dejado llevar de la rutina de mañana, despreciando la de ayer, pasará el vocerío de los jóvenes profesionales — de esos que hacen de la juventud profesión llamándose á sí mismos con ridícula petulancia «nosotros, los jóvenes» — pasarán las caramilladas huera, pasará el pseudo-paganismo afrancesado, pasará... y quedará Silva que clavó sus ojos en los ojos de la eterna Esfinge y bañó su corazón en el lago —

lago de terrible quietud y calma de sobrehaz — de las perdurables é imperecederas inquietudes. Y quedará, además, porque esas inquietudes eternas las cantó como un niño, con simplicidad, porque el tuétano de sus sentimientos no va ligado á formas de escuela filosófica alguna. Silva volvió á descubrir lo que hace siglos estaba descubierto, hizo propias y nuevas las ideas comunes y viejas. Para Silva fué nuevo bajo el sol el misterio de la vida; gustó, creo, el estupor de Adán al encontrarse arrojado del paraíso; gustó el dolor paradisiaco.

Y Silva será un día orgullo de esta nuestra casta hispánica, que le produjo allá, en el sosiego primaveral de la jugosa Colombia, en el remanso de Bogotá. ¡Quién sabe si cuando claman al cielo las lenguas bronceadas de sus campanarios no se unen á su canto los cantos de José Asunción Silva como un entrañable *miserere*?

*Miserere, Domine*; compadécete, Señor, de tu siervo y concédele la dulce paz de la infancia, por la que tanto suspiró en los cantos que Tú le inspiraste.

*Rafael del Mañana*

Salamanca, Marzo de 1908.

## INDICE

	<i>Págs.</i>	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO.	V	Paisaje tropical . . . . . 79
AL OÍDO DEL LECTOR		Sus dos mesas . . . . . 81
Al oído del lector. . . . .	3	La ventana . . . . . 83
INFANCIA		Las golondrinas . . . . . 87
Infancia . . . . .	7	Realidad . . . . . 91
Crisálidas . . . . .	11	CENIZAS
Crepúsculo . . . . .	13	Lázaro . . . . . 95
Los maderos de San Juan. . . . .	17	Luz de Luna . . . . . 97
AL PIE DE LA ESTATUA		Muertos . . . . . 101
Al pie de la Estatua. . . . .	23	Triste . . . . . 108
Primera comunión . . . . .	33	Psicopatía . . . . . 105
PÁGINAS SUYAS		Don Juan de Covadonga . . . . . 109
Risa y llanto . . . . .	37	Día de difuntos . . . . . 113
Nocturno I . . . . .	39	De Lord Tennyson . . . . . 121
Nocturno II . . . . .	40	¿... . . . . 123
Nocturno III. . . . .	43	La respuesta de la Tierra. . . . . 125
Nocturno IV . . . . .	45	La calavera. . . . . 127
SITIOS		Avant-propos . . . . . 129
Obra humana . . . . .	49	El mal del siglo . . . . . 131
Ars . . . . .	51	PROSA
Vejece . . . . .	53	El paraguas del padre
Resurrecciones . . . . .	55	León. . . . . 134
Mariposas . . . . .	57	Suspiros . . . . . 136
Nupcial . . . . .	59	Carta abierta . . . . . 138
...? . . . . .	61	De sobremesa . . . . . 142
Serenata . . . . .	63	PLUMAS AJENAS
Taller moderno . . . . .	65	Leyendo á Silva . . . . . 147
Un poema . . . . .	67	José A. Silva . . . . . 151
Midnight dreams . . . . .	69	Redemptio . . . . . 153
Notas perdidas. . . . .	71	A José A. Silva . . . . . 154
Oración . . . . .	73	Novilunio. . . . . 156
La voz de las cosas . . . . .	75	José A. Silva (prosa) . . . . . 157
Estrellas fijas . . . . .	77	